dante de la Guardia Nacional, hombre duro si los hay y de pocas ó ningunas pulgas, mala fama y peor catadura, que según las misteriosas y reservadas hablillas, tenía instrucciones del Gobierno para someter de grado ó por fuerza al cacique. No se veían bien los dos comandantes, y ambos parecían dispuestos á reventar el mejor día, aunque D. Mateo en más de una ocasión dió muestras de prudencia, con mengua de su fama y satisfacción cuidadosamente ocultada del barrio de las Lomas.

Tres meses iban corridos de tal situación, y ya D. Mateo hablaba sin embozo de las arbitrariedades de Coderas, tanto como Coderas de las que D. Mateo cometía, abusando de la sumisa condición de los *pedreños*. Nunca San Martín las habia visto tan gordas. Los de los Lomas se frotaban las manos muy en reserva; los del Arroyo estaban rabiosos y provocativos.

Algo grave tenia que suceder.

III

Suceso grave.

POR aquellos dias andaba la política descompuesta y la situación delicada, en virtud de que el descontento cundía en las poblaciones más importantes del Estado; la tempestad se anunciaba con un murmullo sordo, y el mar revuelto de la opinión pública iba alzando olas que alteraban, aunque debilmente, el tranquilo estero de San Martín. Más de una vez oí en la tienda de los Gonzagas la

voz profética de Severo, que con humos de sabio previsor, creía y afirmaba que antes de mucho se armaría la bola; que el distrito X. no soportaba á su jefe político; que el distrito Z. se moría de hambre por la escasez de maíz, y sin embargo, no se disminuía el impuesto sobre el arroz que era su único ramo de explotación; que en el Congreso el licenciado Pérez Gavilán iba minando y minando, al grado de que contaba ya con una mayoría dispuesta á encausar al Gobernador cuando las cosas estuvieran en sazón; que dos jefes políticos acababan de ser removidos por sospechosos y sustituidos con personas que no servían para maldita la cosa; en una palabra, que la bola se armaría antes de mucho.

Debo decir con franqueza que Severo me era profundamente antipático, de una manera invencible, para lo cual tenía yo motivos que voy á confesar, aunque algunos me causen rubor. Gozaba yo en el pueblo de tal cual reputación de muchacho ilustrado, al extremo de haber sido alguna vez secretario interino del Ayuntamiento, con aplauso de este respetable cuerpo, quien, sin embargo, hubo de nombrar propietario á un primo de

la esposa del jefe político, porque éste así lo dispuso. Tenía yo una hermosa letra inglesa, de la que había en aquel tiempo poquísimos ejemplares, y solía yo poner las primeras palabras de las actas con letra gótica que no dejaba que pedir. Además, me sabía como el Padre nuestro la gramática de Quiroz, la aritmética comercial que era texto en San Martín, y había leído diez ó quince veces el *Instructor* y otras tantas el *Periquillo;* con todo lo cual tenía formado un caudal de instrucción, que abrazaba retazos de ciencias naturales, tajadas de Historia, girones de Geografía, y aun ciertos merdrugos de Náutica y Derecho natural.

Ahora bien; á pesar de todo esto, Severo me miraba siempre desde arriba, como si estuviera encaramado en la torre de la Iglesia y yo metido en el fondo de un pozo; y lo que más me irritaba era la buena fé visible con que se suponía superior á mí. Y lo cierto es que cuando estábamos en el mismo corro, hablaba él sin reparo, con la voz reposada y calmosa de siempre, y con su eterna persuasión de decir grandes cosas, mientras yo me sentía encogido y guardaba vergonzoso silencio; y por mas

que yo me esforzaba en declarar interiormente que aquel fatuo era un ignorante, le admiraba en realidad y le envidiaba, sobre todo sus conocimientos literarios, que á pesar de mi resistencia me cautivaban, y avivaban en mi alma el corrosivo veneno de la envidia. En verdad nada sabía, pero tenía ese desplante para decir desatinos, que aun en nuestra culta capital se sobrepone con frecuencia á la verdadera instrucción y al positivo talento.

No me le hacía menos antipático su físico. Era hombre como de treinta y cinco años, bajo de cuerpo, de menguada frente, mirar soñoliento, labios delgados rodeados de escasos y gruesos pelos semirubios y piernas más que medianamente encorvadas, que movía en paso largo, lento y acompasado, como correspondía á un hombre de sus talentos y fama. Aunque todo el pueblo tenía por él sentimientos á los míos semejantes, era bien aceptado en todas partes: paradoja que se comprende fácilmente, con sólo saber que era el tinterillo de San Martín. Nada menos que seguía un pleito contra el tendero español y como apoderado de los Gonzagas, por no sé qué negocio que ambas

casas comerciales hicieron en participación.

Tal era el hombre que anunciaba la proximidad de la bola, y que en el día de la patria tenía el alto encargo de hablar al pueblo.

Realmente, las noticias de la capital eran alarmantes, y se sabía que las remociones de empleados se hacían frecuentes, como sucede siempre que llega á las alturas del poder el rumor de próximas borrascas. En San Martín, mientras tanto, se procuraba no tener opinión por lo expuesto que es formularla antes de que se sepa el resultado probable del negocio; pero yo que oía las conversaciones y atisbaba las palabras y los gestos, y aun alguna descuidada franqueza, me persuadí desde entonces de que en este país la *opinión* está siempre en favor del desorden, dé donde diere, y sin necesidad de averiguación á verdad supuesta y buena fe guardada.

Oyendo aquí y platicando allá, un día en el portal, otro en el atrio de la iglesia, una noche en la tertulia de los Llamas, fuí formando un conjunto de noticias, suposiciones y comentarios que me dieron la suficiente instrucción en esta especial chismografía que se contagia, que embriaga y que envicia. Poco

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tiempo bastó para que yo la tomara afición decidida, y solía ya con frecuencia meter mi cucharada en glosas y profecías.

Era un hecho: el licenciado Pérez Gavilán era un grande hombre; por supuesto; como que *la iba á armar* contra los abusos y desmanes del poder. Era sin duda un grande hombre, digno de regir los intereses del Estado. El Gobierno deseaba arrojarle del Congreso; pero no había manera de conseguirlo, y además se temía que tal proceder hiciera estallar la mina. Estaba de acuerdo con tres militares de importancia; ¡no cabía duda! El jefe político del distrito H. era su compadre, luego el distrito era suyo en cuerpo y alma. No había que calentarse la cabeza, la revolución comenzaría antes de un mes.

Y en cuanto á la parte de San Martín, clarito se veía que el Gobierno, conociendo que no contaría con el Comandante Cabezudo, había enviado á Coderas para tenerle á raya. Pues ahí está el motivo de sus sordas hostilidades. Don Mateo, podía apostarse á que estaba ya de acuerdo con el gran Pérez Gavilán y con el General Baraja, á quien

el otro confiaba la parte militar del asunto.

Por supuesto que de todas estas indudables hipótesis tomaba yo nota en un corro para soltarlas en otro; mas debo declarar que no hablaba yo de la misma manera entre los de las Lomas que en ruedas del barrio del Arroyo. Ambos, sin desmentir su raza, deseaban que *hubiera lumbre*, pero los de las Lomas hacían votos interiormente porque á D. Mateo se lo llevaran los demonios; mientras los del Arroyo estaban impacientes porque su jefe diera la voz de alarma para ponerse á su lado y entrar en la zambra. Yo no tenía color determinado, y era por lo mismo igualmente aceptado por unos y otros; pero comenzó á divulgarse mi inclinación á Remedios, y esto sobró para que en mi presencia se hablase con cuidado de no lastimar ni remotamente á Don Mateo. Lo comprendí y no quise hacer tan mal papel entre los de las Lomas; dejé de frecuentar el portal; pero procuré que tampoco me tomasen por enemigo. Tal era la delicadísima situación de S. Martín cuando llegó el 16 de Setiembre, que como antes he dicho, se celebraba aquella vez con nuevo y no conocido lujo. Y sabido todo

esto por el lector, calcule la trascendencia del desgraciado suceso de aquel día, que pasmó, confundió y alarmó al ya asustadizo vecindario.

Fué el caso, que habiendo tomado la bandera Don Mateo para presidir el *paseo cívico de costumbre*, Coderas se interpuso en su camino, se la quitó de las manos, y con voz desde luego irritada dijo:

—Esto me toca á mí.

El héroe de San Martín se quedó de pronto estupefacto, más que de corrido de admirado al encontrar hombre capaz de cometerle desacato tan inverosímil. Pero en seguida la sangre acudió agolpada á su cabeza, manchósele el semblante de un color rojo amoratado que le dió un aspecto de ferocidad espantosa, y cerrando los puños gritó!

—A vd!.....Cómo á vd!

Coderas estaba ya en la plaza.

—Sí, señor, replicó; yo soy la primera autoridad política del distrito.

—Y yo!.....

—Ud. aquí no es nada!

Y el jefe político, haciendo un gesto de grosero desdén, inició la marcha grave y pausadamente al son del tambor, y suavemente acariciado por el lienzo tricolor que el viento echaba sobre su cabeza. Cuando D. Mateo quiso lanzarse sobre él, según su costumbre, dos ó otres amigos suyos y yo le detuvimos, procurando calmarle.

Los asistentes se habian quedado de una pieza, deseando en su mayoría convertirse en ratones y escapar por cualquier agujero, para no verse en el fatal compromiso de quedarse con el comandante ó seguir á Coderas; pero su vacilación no podia ser larga, porque el Jefe político se iba alejando, y los más tomaron el partido de ir con él. Los Llamas creyeron encontrar el medio justo: saliendo de la sala, se escurrieron pegados á la pared hasta la esquina, y tomaron á buen paso el rumbo de su habitación; resultando de aquí que D. Mateo creyese que habian ido con Coderas, y éste que se habian quedado con aquél.

Yo no me moví.....por no moverme.